

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

19 DE FEBRERO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA



MARTÍNEZ CAMPOS ANTE EL SULTAN
Ayuntamiento de Madrid

EL NIÑO DE SAN ANTONIO

Entre varias personas de entendimiento que no tenían ni el mal gusto y la malaventura de ser impíos, ni la fantarronería de ser intolerantes, suscitóse la atractiva é inagotable cuestión de lo sobrenatural, viniendo á discutirse el milagro, por qué era tan frecuente antaño y hoy escasea de tal modo. Hubo quien se limitó á decir *escasea*; pero no faltó quien resueltamente pronunciase la palabra *desaparición*.

Los que defendían la persistencia del milagro protestaron en nombre de las maravillas que se realizan en Lourdes los días de procesión solemne,—los paralíticos curados instantáneamente al sumergirse en aquellas aguas, estremecidas, como las de la piscina probática, por el aleteo del ángel que desciende á infundirles virtud;—en nombre de las llagas de Luisa Lateau—adornada por la virtud del cielo con cinco sangrientas señales.—A esto respondieron los escépticos que las llagas de Luisa Lateau eran un fenómeno patológico ya explicado por la ciencia, y que las curaciones de Lourdes se originaban de una impresión puramente subjetiva, un sacudimiento moral que repercute en el organismo; caso comparable á los felices resultados que obtienen algunos médicos empleando el hipnotismo para combatir males que en la botica no hallan remedio. Entonces, uno de los presentes, Tristán de Cárdenas, que había guardado silencio durante la discusión, tomó la palabra, y todo el mundo calló para oírle, pues su voz era armoniosa y vibrante, y su palabra, nunca vulgar, chispeaba á veces elocuencia fogosa.

—Si ustedes creen en Dios—dijo con su habitual energía,—no comprendo como le regatean la omnipotencia. No niego que hay ocasiones en que esta omnipotencia se manifiesta de un modo más evidente en el orden sensible, en lo físico; pero en el orden metafísico, no concibo manifestación más clara de la que diariamente, con la razón, no cesamos de percibir. ¿Suponen ustedes que no hay milagros? Lo que no hay es *naturalidad*. Si aquí cupiese una disertación filosófica, me comprometo á probar está que parece paradoja siendo una verdad de Perogrullo. El milagro es immanente. El universo es un milagro espantoso de puro grande y de puro incomprensible. No lo vemos porque formamos parte de él. Jesús le dijo á una santa que suspiraba por hallarle:—Difícil es que me encuentres si no me buscas en ti misma, en tu propio corazón.

—Bien—arguyeron interrumpiéndole:—todo eso será muy cierto, pero nos quedamos lo mismo que estábamos en cuanto á explicar por qué antes abundaban los milagros en el orden sensible, y ahora no se ve uno para un remedio.

—Verán ustedes como lo entiendo—repuso Tristán.—Estoy conforme: en otro tiempo, Dios se manifestaba en todo su esplendor á las multitudes. Cuando separaba las aguas del mar Rojo al paso del pueblo hebreo y las juntaba contra Faraón; cuando echaba un clavo á la rueda del carro solar, y sacaba aguas vivas de la peña; cuando convertía en rosas los panes y en corderos á los leones del Circo, entonces, ¡quién lo dudal, las naciones y las razas se convertían en tropel, y el milagro dirigía la marcha de la historia. Ha sucedido con esto de la manifestación divina lo que con la poesía, que al principio fué épica y colectiva, y ahora ya no puede ser más que lírica é individual. Créanme ustedes: ahora hay milagros lo mismo que en la edad antigua, sólo que son milagros líricos, para una sola persona, y el que los siente no los cuenta, porque, dada la incredulidad general, teme que se mofen y le tengan por mentecato. Para proclamar un milagro se necesita hoy ser más valiente que el Cid. ¿Bajan ustedes los ojos? Seguro estoy de que cada cual de ustedes tiene su milagro oculto: cada cual ha percibido el calor de la zarza que ardía en el monte Horeb... ¿A que ninguno me desmiente? Lo que pasa es que nos lo guardamos... *Secretum meum mihi*... Créanlo ustedes: si no fuera por el miedo, saldrían aquí cosas notables; y si no fuera por la inconsecuencia propia del hombre, y por alguno de los tres enemigos del alma, en particular... nos meteríamos en la Trapa.

No sabiendo qué oponer á argumentos tan especiosos, apretamos á Tristán de Cárdenas para que nos contase su milagro; mas no pudimos conseguirlo; se negó resueltamente, declarando que era el mayor de los cobardes y temía nuestras burlas. Sin embargo, cuando se disolvió la tertulia y quedamos solos en el gabinete, á mi primera insinuación, Tristán entornó los ojos como el que quiere recordar y habló así:

—Al empezar mi historia, temo que lo que á mi me pareció prodigio no le parezca á Ud. sino un suceso casual é insignificante... Es lo que antes decíamos: los milagros, hoy día, son internos ó individuales. Yo experimenté ciertas impresiones que se me figuraron causadas por la intervención directa, en mi vida, de un poder superior á todos los poderes de la tierra: si Ud. no comparte mi fe,

respétela al menos, ya que abro mi corazón tan lealmente.

«Bien sabe Ud. que yo tuve un niño; pero no sabrá tal vez que soy... es decir, ¡que era! un padre amantísimo, un padrazo de esos que viven pendientes de la salud de la criatura, que se baban al oír sus gracias y se pasan el día con ella en brazos, prestándose á sus caprichos y dejándose arrancar el bigote. Además de este cariño instintivo y natural, yo creía firmemente que mi inocente hijo era un símbolo de mi ángel custodio, y que su presencia santificaba mi casa y mi espíritu. Mis pasiones y mis flaquezas las ofrecía al pie de la cuna, como al pie de un altar. Se me antojaba que si yo era bueno, Dios me conservaría á mi hijo. ¿Ha leído Ud. los poemas indios? En ellos, á cada paso, salen á relucir unos ascetas que, por la virtud de sus mortificaciones, llegan á adquirir tan sobrehumano vigor, que se imponen á los dioses mismos. La idea me agrada, y es, en el fondo, la misma que expresa el Evangelio al decir que el *reino de los cielos sufre violencia*. La bondad es una poderosa energía; yo me revestí de bondad, para evitar una prueba, que creía no tener ánimo para resistir.

«La prueba vino. La criatura cayó enferma, de una de esas fiebrejillas que al pronto no alarman, pero que día tras día consumen. Figúrese Ud. mis vigiliias, mis terrores, mi calvario. Es decir: creo que no habiendo pasado por tales amarguras, ni concebirse pueden. Desesperando de los remedios humanos, miré hacia arriba, y no atreviéndome á presentarme á Dios sin intercesor, abrumé á ruegos y colmé de ofertas á San Antonio de Padua, al amigo de las mujeres y de los niños, al *santo* por antonomasia, de quien yo había sido devoto siempre.

«El santo no me oyó... ¡Ah! ¿Usted creía que el milagro había consistido en sanar al enfermito? ¡Bah! Milagros de esos los hace el santo diariamente... ¿No ve Ud. á cada paso que un chico se echa fuera de una ventana y no se cae; que otro empuja un quinqué de petróleo, lo vuelca y no se abrasa; que éste rueda cien escaleras y no se hace ni un chichón; que aquél se mete entre las ruedas de un coche y no saca ni un rasguño? ¿No oye Ud. decir á las madres que sus hijos *viven de milagro*?

«El niño murió. Me puse como un insensato; si, creo que estuve fuera de juicio bastante tiempo. Me entró, no *misantropía*, sino otra cosa más rara, *misoteísmo*: mala voluntad contra Dios y sus santos. No dejé de creer, pero sí de amar. Casi diría que aborrecí. Mis delirios, mis rabiosos pecados de aquella época, fueron otras tantas blasfemias en acción. Cesé de practicar; olvidé las oraciones; no pisé en un año los templos.

«El día del aniversario de mi pequeño, á la misma hora en que había volado su blanca almita, como yo vagaba sin rumbo por las calles de Madrid, me detuve á la puerta de una iglesia donde no recordaba haber estado jamás. Encontrábame tan triste, tan solo, tan anegado en las aguas del dolor, que sin reflexionar de lo que hacía, entré. Era la hora de la caída de la tarde, y lo primero que divisé, en un altar lateral, fué la efigie de San Antonio de Padua. Sentí como un golpe, y me acerqué vivamente colérico, á pedirle cuentas al santo, á preguntarle por qué me había quitado á mi hijo, mi gloria. De pronto me quedé inmóvil de sorpresa. Ud. habrá reparado, sin duda, en que á San Antonio de Padua siempre le representan los escultores con el niño en brazos. Pues bien: por primera vez de mi vida veía un San Antonio sin niño... y mientras los ojos de la efigie parecían fijarse en los míos severamente, noté que su mano, alzando el dedo índice, señalaba al cielo.»

—Pero eso lo imaginó Ud. ó lo vió en realidad?—pregunté cuando á Tristán se le calmó algo la emoción.

—¡Imaginarlo! La efigie existe, y puede Ud. cerciorarse cuando quiera.

—Pues, en efecto, no conocía efigies de San Antonio sin el niño—murmuré como si hablase conmigo misma.

Emilia PARDO BAZÁN.

REVISTA LITERARIA

DOLORES, poesías de Federico Balart.

(Conclusión.)

Algunos críticos modernos pretenden que debemos abandonar en la literatura poética apasionada ciertas frialdades que nacen de la índole demasiado intelectual, dialéctica y ordenada de nuestras lenguas occidentales, y que debemos imitar ciertos rasgos orientales en que el lenguaje va, por decirlo así, directamente del sentimiento al papel sin pasar por la lógica, por el discurso, por la arquitectónica retórica, que pudiera llamarse. A la verdad, los ensayos hechos en este sentido no han sido ser muy lisonjeros, y hasta han echado á perder, á veces, verso y prosa de hombres de tanto mérito como Verlaine que, v. gr., en sus *Liturgies intimes* abusa un poco de las letanías. Pero si esto es cierto, como lo es que algunos

poetas nuevos de América se están poniendo insoportables con estos *orientalismos*, no se puede negar que las medidas del arte clásico y del lenguaje literario demasiado lógico, claro, correcto, suelen dificultar con sus velos de relativo convencionalismo la frescura de la emoción, la intensidad del afecto.

En el lenguaje es muy expuesto intentar innovaciones, porque pronto se cae en lo amanerado y hasta en lo ridículo, y, antes, en lo incorrecto, desmañado, *iliterario*, en suma. Pero hay otros caminos para llegar al resultado de ese *orientalismo* peligroso... sin el *orientalismo*. Entre nosotros—y á esto íbamos—han encontrado ese camino, probablemente sin buscarlo, Balart en su *Dolores*, Aguilera en *El dolor de los dolores*, el primero para llorar la muerte, más que la muerte, la ausencia de su esposa; el segundo para llorar la muerte, la ausencia de su hija.

Lo que más les importaba á uno y á otro, como hombres, ante todo, y también como artistas, era que la expresión resultase en su obra diáfana forma, aquel globo de cristal, de que habla un estético alemán, que deja ver con toda claridad y verdad el fondo. Querían llorar, con poesía, una pena sincera, honda, inacabable, una *categoría del dolor* humano, una de esas tristezas simplísimas, irreducibles á otras más íntimas, porque son ellas su *género*; y lo que necesitaban, ante todo, era una forma fiel, que no pusiera ni quitase nada á la verdad del dolor. Era este anhelo en ellos un deber moral y un deber artístico, porque intento menos puro fuera en tan solemnes propósitos también doble profanación.

¿Por qué arte llegar á tal efecto? Olvidándose del mundo; cantando para sí. Para este fin no hace falta desaliño ni descuido en el lenguaje, basta la sencillez y la naturalidad compatibles con la expresión correcta y suave, porque á si propios dos artistas no se hallan de otra manera cuando se consuelan con la representación, *transportada* al arte, de su penoso dolor; en cuanto á la propiedad de la palabra, de la imagen, no era tampoco para descuidada, pues la necesitaban para dar vigor, y verdad, y color, á esa representación solitaria. Pero en lo que no tenían que pensar era en las *proporciones* de su obra, en el cansancio de un público indiferente, en evitar la monotonía; porque su dolor para ellos no es monótono, tiene todos los matices de la sensación en el tormento. El dolor más intenso que otro, no es (como ha demostrado Bergson combatiendo la teoría capital de la psico-física respecto de la medida de las sensaciones) un dolor, dos, tres, cuatro veces *mayor*, en cantidad; es un dolor completamente nuevo. Cada relación de nuestra pena con cada cosa de la vida tiene un metro singular, es algo nuevo en el dolor; y así como el místico panteísta goza á Dios en cada flor, y en cada nubecilla, y en cada brisa, y en cada trino de ave, y en cada onda del agua corriente; y así como el enamorado feliz aspira el perfume de su dicha en partículas de optimismo y poesía animadora por el universo, el amante de su dolor, el anacoreta de una de estas ausencias de amor, tiñe de los colores de su pena la creación entera, y se consuela en ir sufriendo con esas asociaciones de ideas y de recuerdos en que vamos comparando lo que es el mundo sin lo que amamos y lo que era cuando nuestro ser amado le asistía, le animaba. De aquí, tratándose de otras cosas, podría resultar monotonía, pesadez, tautología á los ojos del lector frío, insensible; pero como se trata de verdaderos poetas, el lector *accidental*, para quien tales elegías no se escribieron, se siente transportado, por el arte, á la situación del alma solitaria que padece, y, *solo también* con aquella pena, la toma en serio, la padece, *estéticamente* y la sigue, y llega á sentir su obsesión, y encuentra lo más natural del mundo que no se hable más que de aquello; que se dé tanta importancia, la importancia capital, á la *desgracia* que es *deus ex-machina* de tales poemas. De aquí la unidad bella, de intensa belleza, de estas obras, muy superiores, sólo por esto, á otras más amenas y pintorescas, pero de menos profunda pasión y armonía.

En *El dolor de los dolores*, de Aguilera, recordará el lector que no hacemos más que seguir al padre en la multitud de sus recuerdos de la vida pasada, cuando estaba presente la hija perdida... El paseo por los campos, la mirada del saboyano á los balcones de donde caía otras veces la limosna (¡qué sublime poesía!)... la vuelta de la primavera, es decir, siempre lo mismo y siempre otra cosa; todas espinas de una misma corona, pero cada espina con su dolor, *círculo vicioso* del tormento.

Este mismo *arrastrarse del dolor* (que así anda con pies de plomo sobre el alma) que llega á ser hasta un ritmo significativo en la elegía de Aguilera, se nota en *Dolores*, no por nada, sino porque iguales *causas* producen iguales efectos. Sin más que lo dicho, Aguilera y Balart logran su gran propósito de convertir en obra artística un dolor *santo*, sin profanar ni el dolor ni el arte. Un cualquiera tiene, en casos tales, escribiendo sus desgracias, el dolor... sin el arte; ser Baudelaire, el arte sin el dolor.

Pero *Dolores* es algo más que eso. La elegía de Aguilera no pasa de ahí (y ya llega á lo sublime) pero *Dolores*, sin desnaturalizarse, es más. Es un libro *tendencioso*, como puede llamarse *tendencioso* la forma de las ramas de un sauce, que al inclinarse hacia la tierra parece que nos dan lecciones de piadosa tristeza, de resignada humildad. *Dolores* es eso, una graciosa poética *genuflexión* de un alma, que al peso de la desgracia no se arroja en tierra como Romeo, sino que se arrodilla. *Flectamur genua*.

Dolores es una elegía á una muerta y un himno á una resurrección, la resurrección de un ideal, de una fe.

Desde Fray Luis de León yo no recuerdo (tengo poca memoria, cierto es) poesía religiosa castellana como esta de *Dolores*.

Se cierra un sepulcro, y como una mariposa, sale de él, como en una resurrección, un poeta y un poeta piadoso:

«Obra tuya debe ser
este cambio singular,
que no acierto á comprender;
yo nunca supe cantar,
y ahora canto sin saber.»

¡Un poeta nuevo, saliendo de una pena como de una larva! ¡Qué hermoso asunto para insistir en estudiarlo! Si estas cosas delicadas no se marchitarán tocándolas demasiado!

Respetables son aquellos espíritus, de indudable fortaleza, que ante las grandes catástrofes del corazón insisten en oír ante todo la voz de un intelectualismo que no les consiente consuelos trascendentales. — Taine, en cierto famoso soneto, triste ya y tal vez presintiendo la muerte, contempla á un gato suyo junto á la lumbre, y filosofa, como ante una esfinge, ante el misterio de aquella vida inexplicable, de aquel *compuesto pasajero*... semejante al que lleva consigo. Leconte de Lisle, llena el alma de ternuras que él mismo condena á perpetua esterilidad, como á elefante cautivo, por no querer procrear ilusiones con la *Maya* inmortal, se encierra en su estoicismo poético, y se embriaga con el opio de sus visiones plásticas. Todo eso es legítimo, respetable; inspira una tristeza que, á su modo, edifica al mismo que cree y espera, porque le hace ahondar en el misterio.

Pero no se niegue que también hay dignidad y grandeza y poesía en la esperanza; no se diga que es abdicación y cobardía aprender en el dolor, como en una música, cierto sentido íntimo y armónico de las cosas. No hagamos del dolor un ídolo necesario, una hipótesis divina, pero no se le niegue su virtud medicinal, reveladora, no se niegue esa especie de alcohol espiritual de la pena.

Balart, de un estado tal vez de vago espiritualismo distraído y mezclado de resabios de mundano escepticismo, se muere, al encerrarse en su espíritu para *saborear* su desgracia, á una aurora de idealidad correcta, de creencia sentimental; la pátina del tiempo hace en su dolor un efecto semejante al que produce en las pinturas de los templos; no borra el dolor, le da un tinte religioso. No se va consolando el poeta porque pasen los días, las olas de la vida, sino porque se acerca á la esperanza de la fe.

Desde la angustia desgarradora de las primeras poesías que se parece á la desesperación, que tiene los arranques del dolor pagano, inspirados en gran parte, de las *humanidades*, va pasando el alma viuda al consuelo místico, bien puede decirse cristiano, por lenta y laboriosa transición, con lucha de sentimientos y de ideas.

La crisis suprema de esta batalla la representa la poesía titulada *Ultra*. Aquí llega el poeta á una de esas tremendas discusiones calladas del alma con el alma, en que el discurso frío, distraídamente didáctico, disputa los fueros del criterio moral al corazón y á la fe. La lucha pedía mayor sinceridad que ningún otro momento del poema. El poeta, sin pensar en ello, acertó por la misma seriedad con que asistía al combate.

Dos tachas querría poner á *Ultra* una crítica que á mí me parece superficial: primera tacha: al principio y hasta mediar y aun algo más la composición *degenera* esta en poesía didascálica, fría, prosáica; el lenguaje de imágenes nobles y el ritmo misterioso desaparecen para dar espacio á las *disputas de los hombres*; recuerdan estos argumentos en rima la antigua filosofía poética de los primitivos escudos griegos; discute en verso Balart como un Lucrecio, sin la grandeza noble y clásica que su lengua presta al poeta latino. — Segunda tacha: admitida la importuna *discusión*, la poesía filosófica, se nota que los argumentos, las objeciones son vulgares, hoy por hoy; que se toma la gran cuestión transcendental muy desde abajo, reduciendo el problema de lo absoluto á un antropomorfismo pequeño, que convierte estas luchas de ímpios y creyentes en reyertas de dos idolatrías, positiva una y negativa otra... A todo eso contestamos (estilo escolástico). Primero: Es cierto que en *Ultra*, no al final, hay pasajes en que el autor se acerca mucho á la forma

prosáica, en que se abandona, por única vez, la forma poéticamente figurada, siempre brillante y rítmica en todo lo demás. Pero este mismo desaliño pasajero nos habla de la sinceridad del gran conflicto porque pasa el alma del poeta. — Asoma allí el teólogo ergotista que llevamos con nosotros todos los que pensamos en los tremendos misterios de ultratumba; el poeta ha llegado á comprender, que su dolor, su desgracia particular, apartándole para siempre de las cosas frívolas, de los placeres efímeros, le ha hecho profesar en la sagrada orden de los que tienen por regla pensar en Dios las catorce veces al día de que habla Renan.

Pensar en Dios para afirmar, para negar, para dudar, pero pensar en Dios en una ú otra forma, con uno ú otro nombre. Y el poeta, que ve lo serio del trance, emprende la lucha, y no siempre en ella conserva la *graciosa* postura que no olvidaba en la plegaria, en la querrela resignada. No se descompone en la oración y en la meditación piadosa; se descompone en el combate. Las estocadas van rectas, se juega el todo por el todo, se quiere acabar con el enemigo pronto, sin retórica. De modo que, á mi juicio, este pasajero defecto relativo, este tono prosáico de algunos pasajes, se convierte, mirándolo bien, en ventaja; por lo menos son nueva prueba de la grandeza y seriedad del conflicto *lírico* á que asistimos. — Queda la segunda tacha; á la que contestamos: Segundo: que análoga objeción puso, *in illo tempore*, una ilustre escritora á las *filosofías* de Armando Palacio en la *Fe*, sin ver, á mi juicio, que una cosa son nuestros *sistemas* en la cátedra, en el libro, en el Ateneo, en la serena meditación de oficio, metódica, desinteresada, imparcial; y otra cosa la *angustia metafísica* que padecemos en este siglo de duda é *intelectualismo*, como una disnea, en que lo que necesitamos es el aire del ideal, á toda costa y á toda prisa. Hamlet no filósofa como Sócrates: Hamlet está á la orilla del crimen, de la muerte, á la sombra de una venganza y de una traición; y Sócrates á la sombra de los plátanos, á la orilla de un manso río. Balart sería muy capaz de explicarnos filosofía con arreglo á los últimos adelantos, con toda la serena imparcialidad de la eubolia más acendrada... pero en *Ultra* no está él para eso, está en el momento solemne de su *monólogo*, de *su to be or not to be*. Por ahora, mientras estamos tan cerca de la edad *teológica*, de las tradiciones sobrenaturales, de los dogmas antropomórficos; por herencia, por imitación, por educación, cuando meditamos en las horas solemnes de la vida, en el *interés* del propio destino, veremos el problema de los problemas, sin querer, bajo formas de *deísmo*, de *duálismo*, con imágenes, incompatibles, es claro, con la representación exacta de la realidad, una y pura. — Renan, independiente como pocos, es buen ejemplo de lo que digo. — En las últimas palabras que dijo á su mujer, todavía hablaba del *cielo*, y en las últimas que pronunció habló del *Partenon*.

Por último, en *Ultra* vence la fe, la fe original, espontánea, personal, es claro; y entonces, como una alondra al salir el sol, se eleva la inspiración del poeta, y la estrofa sale de su pecho límpida, alada, patética, noble y sublime.

¡Oh, dulce ley forzosa!
¿Qué es el amor, qué es el amor, Dios mío,
Sino el hijo del sér en quien rebosa
Vida, fuerza, valor y poderío?
¡Fuerza! ¡amor! ¡Dos palabras
Que un solo bien acordes significan!

Tú, amor, con tu poder al mundo libras;
Tus alientos los orbes vivifican;
Por tu saeta herido,
Su trino el ruiseñor alza en la olmeda;
Por ti el águila enreda
Sobre el alto peñón su tosco nido;
Por ti el lirio campestre
Segrega el dulce aroma de su estambre,
Por ti zumba el enjambre
Que agita el zumo al romeral silvestre...

.....
¡No! mi mente turbada
Podrá errar si tu Esencia considera;
Mi inteligencia dudará ofuscada,
Pero mi corazón seguro espera.
Y es tan viva esta fe, que si del cielo
Viera hundirse la bóveda estrellada
Y los mundos volver en corvo vuelo
A los lóbregos senos de la nada,
Del negro espacio en la región vacía,
Transido de pavor, mudo de espanto
¡Dios clemente, Dios santo
Yo en tu inmensa bondad esperaré!

Oh, cuando el alma hiere
La luz que en tu mirada centellea,
No hay un átomo en mí que en Tí no crea,
No hay un átomo en mí que en Tí no espere... (1)

.....
Por eso, con la mente oscurecida,
Pero con la conciencia despejada,
Cansado de la vida,
Pasa á vivir el alma resignada;

(1) Versos españoles así estaba yo deseando y esperando hace mucho tiempo. Dios nos los ha mandado.

Fiel á Dios y á la esposa
Que en ti cayó desde mis brazos yerta
Y en tu seno esperándome reposa,
¡Oh muda tumba solitaria y fría
Donde ni un eco mi clamor despierta,
Yo, al espirar la luz de cada día,
Sin miedo y con amor llamo á tu puerta!

¡Oh! este es el *canto á Teresa* del amor legítimo, no menos puramente poético por estar sancionado por las leyes humanas y las que imaginamos divinas.

No, no vale más este poema del amor del esposo por estar de acuerdo con el *Concilio de Trento*... pero tampoco vale menos. Yo soy el primero á enternecer con la sublime poesía de *La dama de las Camelias*; yo comprendo y penetro el espíritu del gran Shelley cuando en su *Epipsyehidion*, hablando á Emilia, que no es su esposa, dice:

«Would we two had been twins of the same mother!
Or, that the tame my heart lent to another
Could be a sister's bond for her and thee,
Blending two beams of one eternity!

(¡Si pudiéramos ser gemelos! Si el nombre que mi corazón dió á otra pudiera nacer de vosotras dos hermanas, uniendo dos rayos de una eternidad) y aun lo comprendo y compadezco y *amo*, cuando añade:

I never was attached to that great sect etc., etc.

.....
(Jamás he estado sugeto á esa gran secta, según la cual, cada uno tiene que escoger fuera de la multitud una amada ó un amigo, y abandonar lo demás al olvido, por bello y bueno que sea... El amor verdadero difiere en esto del oro y de la arcilla, que el decirlo no es hacerlo desaparecer. Es como el entendimiento, que adquiere luz contemplando un gran número de verdades; ¡es como la imaginación!... Estrecho es el corazón que ama... un solo objeto, una sola forma, y en ella construye un sepulcro para la eternidad!)

Compárese esta *antítesis* con la *tesis* que representa *Dolores*, y se podrá admirar, como yo admiro y *siento* á Shelley, sin ver en él un polígamo vulgar; pero también se puede admirar y *sentir* á Balart, no con menos fuerza, aunque no sea *poeta extranjero* ni enemigo de la monogamia. Los dos han expresado con profunda poesía ideas contrarias. De las ideas, podrá una ser mala y otra buena; pero *Dolores* y *Epipsyehidion* son dos joyas de la poesía.

Véase cuán poéticamente expresa Balart esa idea de la gran secta (la cristiana) que Shelley condena:

Traición fuera, vil traición
Olvidar, faltar de brio,
A la que por mí, Dios mío,
Arriesgó su salvación!
Con indisoluble unión
Almas que supo juntar
Al pie de tu propio altar
Amor trocado en deber,
¿Juntas se han de perder
O juntas se han de salvar.

Esto no será ortodoxo, pero la idea del *amor trocado en deber* es la idea de Jesús para el matrimonio; idea bien superior al *repudio* romano que ahora imitan legislaciones, á mi ver, mal aconsejadas. Pero esto no quita que Shelley sea sublime, como la divina *monógama* de Balart.

Tengo que concluir; creo que EL IMPARCIAL ya no me otorgaría más prórroga, ni me atrevo á intentarla.

¿Qué me queda en el tintero? Me queda el elogio particular de casi todas las poesías de este tomo, y la censura al autor por no haber incluido otras como v. gr. *Ceniza*.

Y por fin, tengo que decirle: Mucha gente anda por ahí entusiasmada con la hermosura de *Dolores*, pero no consiento que en punto á tal entusiasmo me ponga nadie el pie delante.

CLARÍN.

MADRID

Como quiera que cualquier negocio que se intente poniendo instalación del mismo en el Retiro, será siempre un excelente negocio... para el que lo haga, periódicamente surgen proyectos de Exposiciones en que se pide al Ayuntamiento terrenos en el Parque de Madrid.

En los días anteriores á la celebración del cuarto centenario colombino, hubo quien pensó en abrir una Exposición que llamó *Agrícola Industrial*, obteniendo para colocarla lo mejorcito del Retiro, que el concesionario pensaba cerrar, permitiendo luego la entrada mediante metales. Tan puro desinterés era demasiado, y recuerdo que el que esto escribe logró con un artículo deshacer aquella maravillosa combinación, restituyendo el Retiro en su integridad al pueblo de Madrid, su único y legítimo propietario.

Aquel modesto triunfo valió al que suscribe cartas de



A través del imperio.

Ayuntamiento de Madrid



LA PESCADORA

Ayuntamiento de Madrid

gratitud de una porción de desconocidos, copropietarios del Retiro en concepto de vecinos de la villa, y recuerdo el hecho no para satisfacción de la vanidad, sino para que los que entonces agradecieron lo que hice, sepan que no he variado en la actitud de defender al Retiro contra las tentativas de los forjadores de Exposiciones.

Dos nada menos han llegado al Ayuntamiento en solicitud de permiso: una de ellas intenta la apertura de una *Exposición hispano extranjera* de la industria, pero no especifica la prensa en qué sitio de Madrid ha de levantarse, por lo cual, y hasta aclararse este punto, nada podríamos decir fundadamente en pro ni en contra.

La otra Exposición en proyecto ya se ve más clara. Se trata nada menos que de una *Exposición universal*, internacional y colonial, que ha de celebrarse precisamente en el Retiro, aunque no concreta, dentro del Parque, sitio alguno.

Contra esta Exposición repetiré lo mismo que dije, con aprobación de todo Madrid, cuando la fracasada *Agrícola Industrial*. Empezaré, como entonces, por no dudar de los excelentes propósitos que se traerán los concesionarios en favor de la industria y del pueblo de Madrid, dentro del interés razonable y legítimo que pretenden sacar al capital que empleen en el negocio, como tampoco dudo de los levantados fines con que ha de obrar en esto la comisión de espectáculos del Ayuntamiento, encargada de dar ó negar el permiso.

Pero tengan muy en cuenta comisión y concesionarios, que no se puede tocar, en favor de esta ó otra Exposición, á un solo árbol del Retiro, ni interrumpir en modo alguno el libre disfrute del Parque al pueblo de Madrid, como se intentó, sin consecuencias, con la abortada de que se ha hablado ya, y para la cual se cedía generosamente al concesionario nada menos que el cuartel comprendido entre el paseo de las Estatuas, la puerta de la Independencia y paseo perpendicular á la de Hernani; es decir, precisamente el sitio favorito de los niños, por ser el más cercano á Madrid.

Y no se apoye la comisión de espectáculos en el precedente de que para la Exposición de Minería y Filipina se cerró el llamado Campo grande á la libre entrada, porque aquellos certámenes no beneficiaron á un particular, sino al Estado, lo cual es distinto, y dejaron luego en provecho de la villa, es decir, á beneficio de todos nosotros, un Museo de Ultramar y el Palacio de Cristal, más los trabajos de cultivo y embellecimiento de aquellos lugares antes incultos, y hoy perfectamente cuidados.

Como estas razones pudieran haberse olvidado ó no ser conocidas por la actual comisión de espectáculos, bueno es exponerlas de nuevo, con promesa firme de volver sobre ellas si, á pesar de todo, se insiste en que el Retiro sirva para explotación de una industria con mengua del derecho de los ciudadanos á su libre usufructo.

El Estado ha dado un golpe, no de Estado precisamente, como pudiera creerse, sino de muchísima gracia.

El Ayuntamiento había tenido la increíble osadía de poner mano sobre la sagrada afición al juego de pelota, imponiendo un arbitrio sobre las apuestas en los frontones.

Si algo nos distingue de Marruecos es precisamente este culto al *sport* vasco, y no sé, en verdad, cómo el arbitrio del Ayuntamiento no promovió, cuando se impuso, poco menos que un motín. Pero ello es que el arbitrio fué un hecho, con grave peligro de que la afición se viniera abajo, y nos quedáramos un nefasto día sin el terrible saque de Irún, la *colosal* bola de Pedrós ó el *gigantesco* revés de Pórtal, y no cuento la falta, en aquel caso, de estos amenos lugares llamados frontones, en que tan apaciblemente se tira de la oreja á Jorge sin temor á las enojosas visitas del delegado del distrito.

Afortunadamente, el Estado, que por algo tiene á su cargo el cuidado del ciudadano atropellado, ha intervenido á tiempo, haciendo entender al Ayuntamiento que no puede cobrar semejante arbitrio, que viene á ser como un atentado al noble *sport*.

En cambio, y considerando que los únicos espectáculos públicos que aquí se llevan el dinero y viven en grande son los teatros, el Estado cobra hace tiempo un 10 por 100 sobre el billete, y ahora hace pagar otro impuesto á los cómicos sobre los sueldos de éstos.

Era verdaderamente una indignidad, que un corista, por ejemplo, se llevase á casa sus diez reales para él sólo, sin más trabajo que pasarse veinte días estudiando letra y música y las noches cantando en fila, y se cometiese la abominación de entorpecer el esfuerzo artístico de un pelotari cuya misión consiste nada menos que en arrojar una pelota sobre una pared á fuerza de puños y sudores, operación que al pronto parece sencilla y para la que no todos servimos, como lo demuestra el terrible saque de Irún... etc.

Ha hecho, pues, perfectamente el Estado, *extendiendo*

(vocabulario pelotístico, ó pelotero, ó como se llame) su brazo protector sobre los frontones, y rodeando la oreja de Jorge de todo género de garantías. Las irritantes ganancias de los teatros habían de traer una medida así, porque en los actuales momentos, pongo por caso, llevarán cobradas Galdós, por derechos de *La de San Quintín*, muy cerca de tres mil pesetas, mientras que para llegar á esta cifra necesita un mediano pelotari jugar siquiera cuatro partidos con profusión de saques terribles. Y no recuerdo que se haya dicho de *La de San Quintín* que es una terrible comedia.

Luego hay clases, que es lo que el Estado ha advertido juiciosamente al Ayuntamiento.

Creo que el oficio de espantar las penas y hacer reír al prójimo, debiera tener premio en las repúblicas bien gobernadas.

Si así fuera, á estas horas el correspondiente ministro habría incoado expediente para otorgar aquel premio á Vital Aza y Ramos Carrión, poniendo como cabeza del protocolo la graciosa comedia en dos actos *Zaragüeta*, hace cuatro días estrenada en Lara.

Envidio sinceramente á estos dos hombres que han descubierto la manera de no equivocarse nunca, y pido á Apolo que no permita que el Ayuntamiento sustituya el impuesto de los frontones por otro sobre el ingenio y la habilidad de los autores cómicos.

Porque en este caso, serían Ramos y Vital mayores contribuyentes, lo cual es muy halagüeño, pero muy caro.

Federico URRECHA.

Chispas

Si en tí, mujer, acumuló el destino
encantos y riquezas abundantes,
¿cómo impedir que con disfraz de amantes
te salgan los ladrones al camino?

Sostienen gentes muy duchas
que del sultán los tesoros
van á engrosar nuestras huchas;
yo, tratándose de moros,
no espero más que babuchas.

Se ve por esas calles
cada tez blanca,
que moza de molino
vuelve á una dama.
Como se ven no pocos
bigotes negros,
que pregonan á voces:
¡el carbonero!

Por centésima vez se han batido
Peixotos y Mellos allá en el Brasil;
Mello dice que tuvo un herido,
y Peixoto asegura que mil:
yo pregunto á los héroes que han sido:
¿esto es guerra ó es *juerga* civil?

De todos los apetitos
que en el alma y en el cuerpo
Naturaleza me puso
como acicate al deseo,
dos solamente me quedan,
con los cuales me deleito:
el que se enciende soñando
y el que se apaga comiendo.

Un caballero ladrón
ha sido preso en Valencia:
lo que prueba en mi opinión
que para ejercer la ciencia
no estorba la educación.

Manuel del PALACIO.

LOS BESOS DEL GENERAL

Llegó la hora de las confianzas; mientras apurábamos á sorbos la taza de café y la copa de cognac ó *Benedictino*. Era aquella una comida de hombres solos; reunidos no recuerdo á santo de qué. Cada cual había contado lo que le pareció: los discretos con reservas, los presuntuosos inventando cuanto plugo á su fantasía.

Pepe Vidal acababa de referirnos un episodio de su juventud, mejor dicho, de su adolescencia; un verdadero idilio, conmovedor en grado sumo.

El general Gómez de Santurce fué el único que no acu-

dió á aquel torneo de confidencias amorosas. Oía á todos con atención, interesándose en los relatos, pero singularmente en el de Pepe Vidal. Hasta me pareció ver que al concluir éste de hablar asomaban dos lágrimas furtivas á los ojos del veterano.

—Y Ud., general; ¿no nos cuenta nada?—le preguntó Luis Alameda.

—¿Yo?... ¿y qué voy á contarles?...

—¡Vamos! ya sabemos que ha sido Ud. un buen punto. Y aún, aún...

—No seré hipócrita ocultando que he hecho lo que todo el mundo. Fui joven y rendí parias al eterno femenino. Aun queda algún rescoldo bajo la ceniza; pero...

—¿Pero, qué?

—Pero en medio de todo eso, hubo siempre en mí algo que me hizo considerar el amor de un modo más serio que lo consideran ustedes, excepto quizás el amigo Pepe... Y todavía... ¿Qué quieren? ¡romanticismos que en un viejo pegan muy mal!...

—Entonces... ¿Ud?...

—Sí; yo también tuve mi *idilio*, también. Muy semejante, hasta cierto punto, al que nos ha contado ahora...

—¡Ah!; pues ha de referirnoslo Ud. No hay escape; ¡á contar!...

—Sí; ¡que lo cuente! ¡que lo cuente! y enseguida—repetieron los demás á coro.

—Puesto que ustedes se empeñan... pero me dispensarán que guarde reserva absoluta sobre personas, fechas, lugares, circunstancias...

—Eso ya es sabido; está Ud. en su derecho.

—Pues bien; de esto ya supondrán ustedes que hace muchos años. No tenía yo la cabeza blanca, ni estas arrugas en el rostro, ni tantas otras en el alma. No era un niño, pero no había perdido aún del todo las ilusiones de la juventud.

Ella...—pero ya he dicho que no la descubriré—á ustedes no les importa saber si era morena ó rubia, alta ó piquetita. Ni yo, aunque la veo siempre que cierro los ojos, acertaría á retratarla. Baste decir que me enamoré como un loco. Y no me entró el amor de súbito, á guisa de escopetazo, sino poco á poco, con relativa lentitud, creciendo de día en día, sin darme yo cuenta de ello, y desbordándose al fin, de pronto, con extraordinaria violencia. Creo que á ella le sucedió lo mismo; así es que, sin habernos dicho una sola palabra, estábamos los dos seguros de que nos queríamos. Y es más, nos parecía eso tan natural, que casi no comprendíamos como pudiera ser de otro modo. «Estaba de Dios!»—como dice el pueblo; aunque tenga mucho de profanación meter al Todopoderoso en tales oficios.

Y cuando llegó el día en que la hablé de amor, hízelo como de cosa ya sabida y tratada por nosotros. Y de igual manera hubo de responderme. ¿Cómo no, si mis labios habían ido ya espontáneamente más allá de lo que mi respeto y su candor consentían, y en aquella frente pura y en aquellas mejillas de rosa osaron posarse más de una vez, entre la débil resistencia de ella, que se estremecía...

—¡Alto, mi general, alto!—interrumpió Alameda.—¿A eso le llama Ud. romanticismo?...

—Calle Ud. y déjeme seguir.

—Es que no era Ud. corto de genio, ni por lo visto de manos.

—Quizá más que ustedes. Pero continúo. Entre ella y yo no pudo mediar correspondencia; quiero decir cartas...

—Ni falta que hacían.

—Tampoco tuvimos muchas ocasiones de hablarnos con sosiego.

—Sí; y por eso aprovechaba Ud. tan bien las que caían.

—Sólo le escribí tres cartas, apasionadísimas. Mas no pudo ser que ella me contestase. Únicamente un día, y rediendo á mis súplicas, entregóme un papel en el que escribió dos líneas delante de mí. Ese papelito lo llevo siempre sobre mi persona con un poco de pelo que también me dió.

—¿Mi general!...

—¡Bien! Ríanse ustedes cuanto quieran de esto, que parece una cadeta, y que, sin embargo, sirvió para llenar mi vida, y aun para ponerme próximo al trance de acabar voluntariamente con ésta. No merecen ustedes oírme. Pero sigo, porque falta lo principal, la nota verdaderamente *idilica*.

No discutiré si mi pasión era romántica ó no; puro platonismo si que no fué nunca. Conste que no creo en el amor platónico, como no se trate de seres desequilibrados. Cuando se tiene sangre en las venas se ama con *todo*, como hace decir Núñez de Arce al Dante que amaba á su Beatriz. Y otra cosa será lo que fuere, no amor. Así, de seguro, me quería ella también. Veíala yo desvanecerse de felicidad al sentir mis atrevidos besos, y, no obstante, imposible me era conseguir que á ellos respondiese. ¡Pobre criatura!... Por eso en una de mis cartas le pedí, como prueba de cariño, que me hablaran sus labios siquiera una vez en aquel mismo arrobador lenguaje. No me contestó.

Dos ó tres días pasaron... (No he dicho que vivíamos en una casa común á nuestras dos familias, allá en las Provincias Vascongadas, junto al mar). Pasaron algunos días, repito, cuando una tarde, al anochecer, hubo de dirigirme en busca de no sé qué objeto á la galería que daba paso al jardín. No encendidas aun las luces, en casi completa oscuridad, avanzaba yo, procurando no tropezar con los muebles... De pronto, mis manos sintieron la presión de otras suavísimas y ardorosas; un hálito tibio y perfumado junto á mi rostro, y en mis labios la impresión de otros frescos y abrasadores á la par, pero muy dulces, en apretadísimo beso.

Todo duró escasamente un segundo; que antes de que me repusiera de aquella profunda emoción *ó* pasos menudos que se alejaban ligeramente.

Volví á la realidad y traté de encontrarla, en vano. A ella, á mí... (ya se me iba á escapar el nombre)... Al regresar á la habitación en que las personas de mi familia y de la suya estaban, la ví: seria, indiferente al parecer; pero húmedos aun los labios; el seno palpitante; con los matices de la embriaguez amorosa en las mejillas y el fuego de la pasión en los entornados ojos.

Me sentía aturdido, y aturdido permanecí durante varios días, tantos como duró el idilio. Nunca á la luz del sol, aunque estuviésemos solos y tranquilos, logré alcanzar de ella que sin resistir recibiese algún beso mío, pero en la oscuridad, más de una vez, casi sin saber yo por donde, venían sus labios trémulos y ardientes á encontrarse los míos...

—¿Y no pasó más?

—Nada más. Que á poco empezaron á soplar para nosotros vientos de tormenta, y el idilio se interrumpió, y cada cual tuvo que seguir en la vida rumbo muy diferente. El empeño de ella en conservar una carta mía sin romperla, como hizo con las otras, fué la causa de todo. Pero... ¿á qué continuar? Sobre esto no puedo satisfacer la curiosidad de ustedes. Solo les diré que seguí adorándola siempre, ¡siempre!, de cerca y de lejos.

—¿Y ella?

—¿Ella?... no sé; muchas veces la encontré más adelante, en mi vida... En tantos años; ¡figúrense ustedes!...

—Pero... ¿se casó?

—Sí; se casó... con otro. Y yo sólo pude desear para ella la felicidad que á los dos nos era imposible.

—¿Y conservó hacia Ud?...

—Ya he dicho que no lo sé... Al encontrarla, hay aún momentos en que me parece leer en sus ojos cariño, pasión;... otros, indiferencia. ¡Vayan ustedes á saber lo cierto! ¿Quién leerá la última palabra en ese abismo que se llama corazón de la mujer?...

—Pero Ud. tan enamorado aún.

—Yo... seguí mi vida y procuré olvidarla, sin conseguirlo.

Sobre mí llevé siempre como bendito y milagroso amuleto el rizo que me dió y el papel de las dos líneas. Mírenlos ustedes.—Y sacando el general su cartera, y de ella un paquetito, nos lo enseñó.

Amarillo por el tiempo, y borrada casi la tinta, era posible leer en el papelito, escritas con letra insegura, las siguientes palabras:

«Te quiero tanto y con tal amor, que mi corazón es tuyo.»

—Ya ven ustedes—prosiguió Gómez de Santurce, volviendo á guardar sus recuerdos amorosos;—esto es de un candor, de una inocencia...

—Deliciosos—terminó Vidal.

—Y este es mi talismán, mi amuleto, que he llevado sobre mi corazón en cuantos combates entré. Creo que á él le debo haber salido con bien de tantos peligros.

Y este es mi idilio, cuya memoria persiste en mí tan viva que aún, cuando estoy á oscuras, pareceme que han de volver á posarse en mis labios los suyos, los de mi ángel. Ustedes me habrán visto muchas veces huir de la luz, encerrarme en una habitación y permanecer allí en completa oscuridad largas horas. Es que sueño; es que aguardo. ¡Y lo que hace la fantasía! ¿Cuántas noches los delirios de mi imaginación calenturienta hácenme sentir el ligero rumor de pasos que se acercan; el frote de un vestido de mujer contra el suelo y la impresión gratísima de unos labios que oprimen dulcemente los míos... todo para desvanecerse de súbito, quedando yo en la lobreguez moral y material de mis tristezas.

Y ya lo ven ustedes; soy un viejo; debía tener muerto el corazón y secas las fuentes de toda sensibilidad... mas todavía, al pensar en ella, brotan lágrimas de ternura á mis ojos. ¿Poseo ó no mi idilio? Me parece que hasta en eso aventajo á los jóvenes de hoy. ¡Valiente personal!...

Y el general Gómez de Santurce terminó con esto el relato, viendo como se deshacían las espirales de humo de su veguero, las que quizás dibujaban el contorno de aquella criatura á quien amó tanto; la de su idilio.

Juan LAPOULIDE.

LUIS

Há poco ese joven vivía alegre y ruidosamente la vida del *sport* en una dulce mezcla de elegancia y de bohemia. Ahora, salta de la cama á las seis de la mañana y se echa á la calle precipitadamente, como si la casa estuviese ardiendo y deseara el salvarse del inminente peligro. A poco llega agitado, pregunta al criado si han traído cartas—cartas que está en la certeza de no encontrar;—y luego torna á salir, rápido, con un andar nervioso, como si le persiguieran. Más tarde, empapado de sudor y hecho una lástima, regresa con un deseo irresistible de echarse en cualquier parte, en el sofá cubierto de periódicos y revistas; allí, á soñar con los ojos entornados, siguiendo la vaga hebra de humo de su pitillo.

Una mañana que Luis había salido, como de costumbre, entró á su habitación: el lecho estaba aún caliente; en aquella hendidura de la almohada parecían flotar vapores de recuerdos y de insomnios.

Un gabinete de recreo, de estudio, de descanso, un laboratorio de artista, un nido de poeta, ¡qué sé yo! El tocador un desastre; los veladores cargados de fotografías de cómicos, de *cocottes*, de mujeres de cuellos desnudos; en la pared el plastrón rojo con su par de espadas y floretes rotos en el último asalto; en el diván un abanico, un guante de mujer, una caja de bombones; en la mesa de trabajo libros desencuadernados, tinteros derramados, tarjetas de Margarita de Merville y de René Ricard.

¡René Ricard! ¡Una mujer de redondeces despóticas; aquella bautizada en un casino con el mote de «faisán rubio»; la heroína del duelo de mi amigo! La tarjeta de René decía: «Luis: Os arrastró el despecho y me teneis contrariada; os he dado todo y ya no quiero nada de vos. Olvidadme.»

Debajo de este cartoncillo de despedida leí un borronado fragmento de papel; todavía con la tinta fresca y las ideas calientes, vibrantes, relampagueando como hierros encendidos.

Da gusto leer á estos poetas endemoniados.

Y Luis es uno de ellos, un irrefrenable, un histérico.

Una vez le dió por morirse de tedio. Empezó á gemir perfidias y á lamentarse de una desgracia imaginaria.

Le aconsejaron los viajes, y en una de estas excursiones medio mató á un infeliz en un desafío; regresó lleno de esperanzas y proyectos; pero en un banquete se enamoró perdidamente de una neerlandesa á quien abrumó luego con sus poesías más bellas, las páginas más brillantes de su álbum.

Los más sonoros acentos de una lira prodigados á quien no supo comprenderlo. Por eso aquella epístola que corrió á modo de elegía en los periódicos ilustrados bajo el título de «Carta á una mujer», y en donde saltaban las pasiones retorciéndose con movimientos epilépticos, la dama maravillosamente pintada con sus escarpados de virtuosa en los salones; la mujer con sus salvajes impudencias bajo las cortinas del lecho. Las frases de aquella epístola, que fué la última vibración de una posesión á medias, sonaron como chasquidos de látigo en los oídos de la *maitresse* de un día.

Aquel hombre era todo nervios. A raíz de esta pasión desastrosa emprendió un trabajo, una novela; empezó con el ardor de siempre, febril, ansioso, hasta quedarse al fin, como un idiota, contemplando las cuartillas huérfanas; después la emprendió con un poema al estilo del *Rolla* de Musset; á las primeras estrofas dejó la pluma en los bordes del tintero; las ideas eran fetos; los alumbramientos dolorosos.

Luego le entró una tristeza de neurótico y se quiso morir de tedio otra vez.

En este estado de ánimo se echó una noche la capa, franqueó las puertas del baile de máscaras, saludó al Carnaval con una copa de champagne, que tragó en medio de un sollozo, y hambriento de delirios y de espasmos entró en el torbellino de la danza, diciendo: «que no se debía tomar la vida por lo serio.»

—Pero el amor sí—le respondió René, que á la sazón llegaba seguida de un ejército de amigas,—y enlazando su brazo gordozuelo al del sorprendido joven, se perdió en el torbellino de la alegría.

Me dicen que aquello fué atroz. El alma gastada de Luis despertó dentro de cuerpo joven. Y los ojos metálicos y tentadores de René despidieron sus más brillantes fulgores en uno de los bellos saloncillos de su hotel... Allí, la alcoba con sus cortinas blondas y encintadas; la media luz del velador; la atmósfera flotando en ondulaciones azules. Probaron todas las exageraciones; cometieron todos los excesos enervantes en medio de los más deliciosos gritos de placer. Treinta días bastaron para quedarse ambos sin vibraciones en el alma, con los labios secos, los brazos débiles y los pechos fatigados de felicidad incompleta.

De entonces está Luis como el poeta ya impotente que recuerda tuvo alas y encuentra que no tiene sino pies. De ahí las salidas bruscas de casa; los paseos continuados y sin objeto; el abandono de su persona, de su gabinete, de sus libros, de sus amigos, de todas y de todos.

—¿Qué haces?—le pregunté una noche de estreno de ópera.

—¡Nada!

—¿Y...?

—Y tengo el cerebro lleno de migas de pan.

—¿Y piensas vivir así mucho tiempo?

—¡Psch! no sé...—me respondió con desdén, como desahogándose que me alejase.

Si no conociese á Luis, juraría que ha sido un majadero toda su vida.

No me extrañará el día que reciba una tarjeta suya de despedida. Irá á Francia, á cualquier parte, á un asunto urgente.

El asunto será una nueva *maitresse* que perseguirá al fin del Polo, á donde vaya ella; hasta sufrir otra decepción. Regresará pálido, mal humorado, intolerable y queriéndose morir de pena por la última vez. Pero no cometerá la estupidez de suicidarse. Conozco á Luis, es un histérico.

Miguel Eduardo PARDO.

(venezolano).

Alrededor del mundo

SUMARIO

Los cristales mágicos.—El pasado y el porvenir.—Creyentes ilustrados.—Historia de varios cristales.—¿Queréis probar?—Un almirante escéptico y un tribunal inglés.—Más que Kneipp.—La causa de nuestros males.—Andemos sin ropa.—Una cogida á Sardou.

Aquella famosa prueba mágica que tan gran papel hace no recuerdo si en las *Memorias* de Balsamo ó en *El caballero de Casa Roja*, y que consiste en ver escenas del porvenir al través de un vaso ó de una botella, está cobrando vida extraordinaria en... Inglaterra, el país de los estudios psíquicos, de la extravagancia y de la credulidad.

Stead, autor de aquellos tremendos artículos sobre el tributo de doncellas en «la moderna Babilonia», periodista de los más eminentes de Europa, y hombre de los de más talento de Inglaterra, pero contaminado desde hace tiempo con la monomanía de la nigromancia, de las apariciones y de las mahatmas, ha publicado hace poco en su periódico especializado de estas materias, *Borderland*, una serie de relatos de hechos á los que, según parece, presta la mayor fe. De todos ellos, el más interesante es el que se refiere á un cristal que posee una señora amiga suya.

El cristal de que se trata ha reflejado de una manera admirable todos los acontecimientos notables de la historia contemporánea, meses antes de que se realizaran. Las explosiones en el Palacio de Invierno de San Petersburgo y en la Perspectiva Newsky, fueron vistas en él mucho antes de que las perpetraran los nihilistas. Otro tanto su-

cedió con muchos incidentes de la guerra franco-prusiana y de la Commune.

Varios personajes ilustres consultaron este cristal, y entre ellos Disraeli, que por él supo el resultado del Congreso de Berlín antes de haber salido de Londres para la capital alemana. No menos curiosa fué la visita hecha al cristal por dos individuos de la familia real inglesa, antes de que el príncipe imperial se embarcase para Zululandia: el cristal dejó ver entonces á Napoleón I triste y afligido, luego á Napoleón III, y después una serie de cuadros que terminaban con los funerales del desgraciado príncipe. Las personas presentes no se fijaron en el significado de aquellos cuadros; pero cuando llegaron á Londres los restos del príncipe, los dos individuos de la familia real lo recordaron todo, lamentando no haber hecho caso de la profecía del cristal, y así lo declararon en una carta.

Todo esto lo refiere Stead. Pero la verdadera autoridad en materia de revelaciones por medio del cristal, es Miss X.,... colaboradora del *Boletín de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres*, publicación maravillosa, en que se codean sabios, chiflados y locos de remate de todos los países y de todos los climas. Miss X.,... ha sido una vidente desde su más tierna infancia, ha practicado más que nadie en este mundo el arte de ver cosas extraordinarias en los cristales, y con una generosidad, nunca bastante alabada, comunica al mundo el secreto de su mágica ciencia.

«Coged—dice—un cristal cualquiera, un pedazo de vidrio, una botella vacía, y mirad al través de su superficie colocándolos en un rincón bien sombrío, lejos de la luz y de los reflejos indiscretos del sol. Allí, con toda tranquilidad y todo descanso, mirad con mucha atención. ¿No véis nada? Volved á la tarea. Lo principal es no desalentarse, sino volver á la carga el mayor número de veces posible y el mayor tiempo que se pueda. Infaliblemente se acaba por ver algo.»

Puede suceder que al cabo de un mes de este ejercicio se vean las paredes de un manicomio; aunque no en visión, sino en realidad tangible.

No me atrevería yo, sin embargo, á hacer esta apreciación en Inglaterra, porque pudiera costarme un proceso y el pago de una indemnización. Ya ocurrió hace treinta años que un escéptico, el almirante Belcher, acusó de impostor á un tal Morrison, exoficial de marina y dueño del famoso almanaque profético *Zadkiel*, el cual Morrison poseía una bola de cristal de una potencia mágica y adivinadora sorprendente.

Morrison puso pleito al almirante y citó á media aristocracia inglesa y á porción de personas eminentes para que en presencia del tribunal diesen testimonio de que su bola de cristal poseía la virtud de hacer ver lo pasado y lo porvenir; resultando que hasta prelados tan respetables como el obispo de Lichfield se habían dejado tentar por la gracia del cristal.

El almirante fué condenado á una libra esterlina de multa por su incredulidad, y el Almanaque *Zadkiel* cobró un crédito que le ha permitido vivir, con más ó menos vilipendio, hasta hoy día.

✱

Kneipp, desde hace poco Monseñor, el sacerdote bávaro cuya cura por el agua ha hecho famoso en el mundo entero, está en grave peligro de quedarse atrás en la carrera del progreso de su método.

El preconiza no sólo el empleo del agua en distintas formas, sino también, y muy principalmente, el andar con los pies desnudos por campos y praderas.

Un innovador ruso va mucho más allá. Su doctrina es que el hombre debe la inmensa mayoría de sus enfermedades al hecho de ir vestido; la ropa es antinatural, y por lo tanto, antihigiénica; los individuos de la raza humana alcanzaron edades fabulosas en los primeros tiempos porque no llevaban otras vestiduras que la indispensable para no herir el pudor; en los niños la mortalidad es tan grande porque la naturaleza les echa al mundo para que vivan desnudos, y en la empresa de acostumarlos á la ropa perecen más de la mitad.

Tal es la nueva doctrina moscovita, que de fijo acabará por encontrar adeptos en aquel país; porque si es el inglés el pueblo más crédulo en materia de prodigios psíquicos, el ruso es el más rico en sectas extravagantes y en aberraciones.

✱

Sardou está inconsolable.

Presume de ser, y es en verdad, el director de escena más meticuloso de toda Francia, más realista y más exacto en verdad histórica, y un abate, un simple abate, le acaba de dar una cogida tremenda.

En *Madame Sans Gene*, uno de los personajes ha salido á escena luciendo la cruz de la orden de Francisco José, fundada en 1849, siendo así que la acción de la obra es de principios de siglo. Sardou, aturdido, sin saber por donde escapar, después de revolver estampas y condecoraciones, ha encontrado una de éstas que se parece bastante á la de Francisco José, y que fué fundada en 1808, la de la orden de Leopoldo.

Al insignie dramaturgo le faltó tiempo para confundir á su rival diciéndole que no había visto bien, y que el personaje de *Madame Sans Gene* llevaba la cruz de Leopoldo, y no la de Francisco José. «Buena cogida al abate!»—dijo todo el mundo.—Pero el abate era hombre prevenido: había hecho fotografiar en escena al actor, y por toda respuesta ha presentado el retrato en que aparecen bien claras las insignias de la orden de Francisco José.

A Sardou le cuesta una enfermedad el anacronismo.

WANDERER.

Ayuntamiento de Madrid

EN BROMA

A pesar de que el tiempo ha mejorado mucho, continúan las toses, y es un dolor ver á la gente llevándose las manos al pecho y apoyando la cabeza en la pared, para toser con más comodidad.

Los médicos llaman á la dolencia de moda «catarro gripal», y todo aquel que estima su buen nombre se dedica á padecerlo públicamente.

Un caballero que remite á la prensa toda clase de noticias referentes á su persona, acude estos días á las redacciones con pretextos fútiles para sacar la conversación acerca del catarro que padece, y acaba por pedir que le publiquen un suelto concebido en esta forma:

«El distinguido acatarrado Sr. Mengánez, acaba de entrar en el período de la tos blanda. Felicitamos cordialmente á su familia.»

La enfermedad de moda ha hecho presa en los niños. Los médicos de la infancia no se dan punto de reposo, y Tolosa Latour come de pie y despacha su correspondencia en el coche, y hace que le afeiten mientras recibe las consultas.

Hay doctores que recomiendan la destrucción y la alegría como medios profilácticos de la gripe.

—Procure Ud. que los niños no se preocupen, y distraígalos Ud. la imaginación— fueron á decirle á un papá de escasos recursos intelectuales.

Y el hombre se pasa el día haciendo volatines, envuelto en una colcha, y con el rostro teñido de vermellón, para que se rían los chicos.

Ayer fué á verle el jefe de su oficina, creyéndole enfermo, y se lo encontró subido encima de una mesa, vestido de moro, bailando una mazourka con la criada.

Ya nadie habla del Carnaval, y sin embargo hay quien sufre las consecuencias de los excesos cometidos en los bailes; y alguna mamá bondadosa dice hoy á su retoño:

—Ya lo ves, Filomena. Ese hombre, después de comprometerte y de llevarnos á un baile, donde no había más que gentuza, te viene ahora reclamando el pañuelo de seda que nos prestó para la salida.

—¡Y parecía un caballero!

—A mí desde el primer día me ha parecido cualquier cosa. ¡Un hombre que llevaba cosido un botón del chaleco con hilo blanco!... Después, ya has visto qué cena tan miserable la que nos dió el lunes de Carnaval: dos pájaros fritos por cabeza y un cuarterón escaso de longaniza. ¡Ni siquiera fué para decimos si queríamos queso de postre!...

La madre y la niña, llenas de dignidad, acuerdan no devolverle el pañuelo, para darle una lección de delicadeza y enseñarle á distinguir; y el joven, á su vez, no cesa de enviarles cartas que «titilan amargura.»

«No es por el pañuelo—dice—es por la acción, y temo además que se entere mi familia, porque, aunque me esté mal el decirlo, tengo padres, etc., etc.»

Durante la pasada semana ha habido varios disgustos en la vía pública: á un transeúnte le dejaron caer un tiesto desde un balcón y fué conducido á la Casa de Socorro dando las boqueadas; y á una señorita que caminaba hacia el altar con su novio, le sacudieron una alfombra desde un entresuelo, á las diez de la mañana, estropeándole el símbolo nupcial.

Todo esto ocurrió en ausencia de los guardias municipales; bien que, aun estando estos presentes...

—Oiga Ud., guardia: este cochero quiere cobrarme dos pesetas por una carrera.

—Buono; que no *haiga custión*. A ver, tú por qué *esiges* los ochre *riales*?

—Yo *esijo* las dos pesetas *por mor* de que este caballero trae un bulto.

—Bueno; pague Ud. por el bulto y *queno haiga custión*.

—Guardia, cumpla Ud. con su deber y no tutée al cochero.

—Yo le hablo de tu porque es amigo; y á mí no me falta Ud.

—Pues yo reclamo el auxilio de la autoridad.

—Cállese Ud.

—¿Que me calle?

—Sí, señor.

—Es que...

—Eche Ud. delante.

—¿Cómo?

—A la prevención por desacato á la *autoridad* y *desobediencia* y malas palabras.

—¡Protesto!

Dicho se está que el auriga cobra sus ocho reales, y á Ud. le tienen á la sombra hasta que presente un fiador con casa abierta, á gusto del delegado del distrito.

Y viva la pretección que nos dispensa la autoridad.

Luis TABOADA.

EL GOBIERNO ANTE LAS CORTES



Dos personajes que van seguros de que no los derrotan en el Congreso.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Los primeros cargos de Almirante que hubo en Europa fueron creados en Aragón por D. Jaime I, en Castilla por Fernando III, en Francia por Luis IX, en Inglaterra por Ricardo I y en Nápoles por Federico I.

Opinaba Napoleón que hay más valor en soportar los infortunios que en privarse de la vida.

Habiéndose suicidado un granadero de la Guardia, mandó poner la orden del día siguiente: «El granadero Gaubin se ha suicidado por causas amorosas; por lo demás era guapo soldado. Es el segundo lance de estos que en un mes ha acontecido en el cuerpo. El primer consil ordena en consecuencia que en la orden de la Guardia se diga:

«Que un soldado debe saber vencer el dolor y la melancolía de las pasiones; y que tan valiente es el que sufre con constancia las penas del alma, como el que se mantiene firme ante la metralla de una batería.

»Abandonarse al dolor sin resistir, matarse para sustraerse á él, es abandonar el campo de batalla antes de haber vencido.»

Quando se descubrieron las islas Marianas, en 1521, no conocían aquellos habitantes el fuego. La primera vez que lo vieron lo miraban de lejos atemorizados, creyendo que era un animal que se alimentaba con madera.

Quando empezó á conocerse el uso del tabaco, tan ajenos estaban los gobiernos de prever la riqueza de ingresos financieros encerrada en aquella planta, que se le hizo una encarnizada guerra de persecuciones. En Inglaterra se prohibió como mala hierba. En Transilvania se confiscaban los bienes de los que la cultivaban. En Turquía se cortaban los labios y las narices de los fumadores.

Antes del siglo XVI no se veían por el Mediterráneo buques de las naciones del Norte. Nuestras expediciones marítimas llegaban, sin embargo, hasta el Báltico. En 1535 llegó á Barcelona el primer navío inglés, y al año siguiente, el primero de Holanda. Ni aun las naves francesas de los puertos del Océano cruzaban el estrecho de Gibraltar. Tan sólo se veían por nuestras costas de Levante algunas embarcaciones de Marsella y otros puertos del golfo de Lyon.

Desde los tiempos más remotos era ya conocido el arte de tejer, no tan solo telas ordinarias, sino tules y puntillas. La Biblia habla del velo de Sara y del de Rebeca. En vano se ha querido averiguar quién fué el primer tejedor. Demócrito dijo que lo fué la araña.

Los pueblos antiguos que tuvieron dominio en España, explotaron nuestras minas de oro y de plata. Todos los gobernadores romanos se enriquecieron, además de en viar crecidos caudales á la República.

Helvio entregó 37.000 libras de plata acuñada y 4.000 en barras. Minucio llevó 80.000 libras de plata en barras y 300.000 acuñadas. Juliso Flaco reunió 31 libras de oro en barras y 170.000 en moneda de plata. Catón entregó 400 libras de oro y 25.000 en plata, además de 120.000 en moneda.

La denominación del castillo de Monjuich procede, según unos, de *Mons jovis*, Monte de Júpiter, y según otros, de *Mons judaicus*, Monte de los judíos. Capmany se inclina á esta última opinión, por estar probado que allí existía el cementerio de los judíos.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.^a, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel Garcia.